

**Otras Naciones:
Jóvenes, transnacionalismo
y exclusión**

Mauro Cerbino y Luis Barrios, Editores

Otras Naciones: Jóvenes, transnacionalismo y exclusión



FLACSO



Ministerio
de Cultura

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2-) 323 8888

Fax: (593-2) 3237960

www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura del Ecuador

Avenida Colón y Juan León Mera

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 2903 763

www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN: 978-9978-67-153-5

Cuidado de la edición: María Eugenia Paz y Miño

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Fotografía de portada: Stencil elaborado

por los estudiantes de Tecnología de la Imagen
del CETOJ

Imprenta: Crearimagen

Quito, Ecuador, 2008

1ª. edición: abril, 2008

Índice

Presentación	7
Prólogo	11
<i>Saskia Sassen</i>	
Introducción	15
<i>Luis Barrios y Mauro Cerbino</i>	
PRIMERA PARTE:	
DE ESTADOS UNIDOS A ECUADOR	
Y DE ECUADOR A ESPAÑA	
La globalización de los Latin Kings: criminología cultural y la banda transnacional	27
<i>David C. Brotherton</i>	
La nación imaginada de los Latin Kings, mimetismo, colonialidad y transnacionalismo	41
<i>Mauro Cerbino y Ana Rodríguez</i>	
Reinas y reyes latinos en Madrid: el principio de los principios	75
<i>Bárbara Scandroglio y Jorge S. López Martínez</i>	

SEGUNDA PARTE: MODELOS DE INTERVENCIÓN,
COMPRENSIÓN Y ACOMPAÑAMIENTO

Jóvenes latinos en Barcelona: la construcción social de las bandas	95
<i>Noemí Canelles</i>	
Etnografía de un mundo clandestino. Vida y política de la calle entre los jóvenes latinos en Italia	113
<i>Luca Queirolo Palmas</i>	
En mi barrio hay vida: VIH/SIDA, graffiti y poder juvenil en Santo Domingo	133
<i>E. Antonio de Moya, Luis Barrios, Lino Castro, Víctor Peña, Luis Alberto Jiménez</i>	
Los hijos e hijas de Mamá Tingó: Culturas juveniles y violencia, en un proyecto llamado Palenque	165
<i>Luis Barrios</i>	
La nación en símbolos e imágenes	199
<i>María Rosa Jijón</i>	
Bibliografía general	233
Los autores	249

Los hijos e hijas de Mamá Tingó: Culturas juveniles y violencia en un proyecto llamado Palenque

Luis Barrios

Introducción

Si la adolescencia fue descubierta a finales de los siglos XI, y se democratizó en la primera mitad del siglo XX, la segunda mitad de ese siglo ha presenciado la irrupción de la juventud, ya no como sujeto pasivo sino como actor protagonista en la escena pública.
(Feixa 1999:41).

Nosotros no estamos aquí de adorno. Sabemos quiénes somos, de dónde venimos y lo que queremos.
(José Rafael: joven participante de 17 años de edad).

De entrada me gustaría poder aclarar dos cosas al escribir este capítulo¹. Primero, si tenemos en cuenta lo que Feixa y José Rafael nos están diciendo en las citas propuestas al comienzo de esta introducción, no deberá existir la menor duda de que, en la lectura de este capítulo, encontraremos una reflexión elaborada desde una perspectiva radical y progresista. Todo lo que está escrito aquí tiene la intención de retar a quienes se creen que son los dueños de la moral en nuestra sociedad, muy en particular cuando tiene que ver con culturas juveniles. Este escrito también tiene la

1 Este capítulo es parte de un libro que estoy escribiendo en inglés y el cual debe estar listo para antes del verano de 2008, bajo el título de: *The Children of Mamá Tingó: Structural Violence in Transnational Urbanism and Youth Subversive Spirituality*, con la Editorial Kendall Hunt de Estados Unidos.

intención de denunciar los enfoques que pretenden criminalizar y catalogar como patológicas a estas culturas juveniles, cuando buscan o crean espacios públicos de liberación. De ahí que, desde un enfoque que pretende subvertir el orden dado por el status quo, les compartiré algunas reflexiones que hemos experimentados con jóvenes en la ciudad de Nueva York, que no son actores pasivos de lo que ocurre en nuestro diario vivir; muy en particular, en lo referente al tema de la violencia en general y la “violencia juvenil” en particular. Este tema surge de las entrevistas, de historias de vida, de los temas identificados en las expresiones artísticas (pinturas, dibujos, dramas, fotografías, etc.), grupos focales y notas de campo.

Segundo, no tengo la menor idea de cómo se debe escribir un capítulo que pretende alcanzar lo anteriormente dicho. Eso sí, tengo muy buenas intenciones aunque reconozco que son controversiales, agitadoras, reflexivas y con una invitación a la acción en la construcción de la paz con justicia. Para complementar la discusión, los temas se analizan a la luz de las voces de los y las jóvenes, incluyendo literatura académica y por supuesto, para alguien que cree que es imposible mantener fuera de la objetividad la belleza de la subjetividad, les incluyo mi humilde interpretación. O sea, este capítulo es un compartir de un diálogo dialéctico de ideas y percepciones con agrupaciones juveniles a manera de reflexión.

¿Por qué Mamá Tingó?

*No me dejen sola, suban la vó. Que la tierra e mucha y dá pa tó.
En el campo entero se oye una vo. Vive en Hato Viejo, Doña Tingó
Agarren la mocha y suban la vó; que hay una junta de Sol a Sol
(Grupo Convite: canto a Mamá Tingó).*

Doña Florinda Muñoz Soriano, campesina dominicana, mejor conocida por Mamá Tingó, nació en el año 1914, en Villa Mella, República Dominicana. Esta mujer afro descendiente fue y sigue siendo, un símbolo de la resistencia y de la lucha por la justicia social. Como suele suceder en la mayoría de los casos, las circunstancias del diario vivir la convirtieron en una líder popular autóctona, encabezando la lucha contra los desa-

lojos injustificados. En su lucha por la justicia, después de poner una querrela contra un terrateniente, fue asesinada el 1 de noviembre de 1974, en Hato Viejo, Yamasá. Este hecho no fue aislado, sino planificado por las clases dominantes dominicanas, para quienes Mama Tingó se convirtió en un obstáculo contra sus agendas opresoras. Por desgracia, no fue la primera líder sindicalista asesinada, y tampoco ha sido la última, dentro o fuera de la República Dominicana.

Mas adelante, la palabra “Tingó” se ha convertido en una especie de *mantra* de liberación y de militancia subversiva, no solo dentro del sindicalismo, sino también en otras luchas, las que buscan la justicia de los derechos reproductivos, justicia racial, justicia económica, etc. Es una especie de grito de esperanza para quienes viven en la exclusión y en la opresión. Pero ella, como mujer luchadora, se ha convertido en una madre, en un ícono maternal, pasando a ser una especie de madona que lleva entre sus brazos lo que parió como esperanza. De aquí, entonces, que día a día sigue pariendo a los hijos e hijas que se resisten a someterse, y creativamente elaboran sus luchas de resistencias en donde quiera que estén.

Para nosotros, aquí, en la ciudad de Nueva York, las luchas de estos jóvenes inmigrantes dominicanos en particular, y latinos en general, que resisten el discurso social dominante que los criminaliza y caracteriza como casos patológicos, sólo por ser jóvenes, es una especie de continuidad al legado histórico de Mamá Tingó, y les convierte en sus hijos e hijas que buscan una bendición de redención. Estas son las culturas juveniles que vienen de sectores empobrecidos que luchan, entre otras cosas, por encontrar sus espacios de pertenencia, lograr adquirir un respeto, impulsar la defensa de sus culturas e identidades, conquistar con sagacidad el poder que se les quitó; crear espacios de ocio y de consumo cultural y manifestar sus espiritualidades.

Estas culturas juveniles, al igual que Mama Tingó, mientras combaten con nuevas maneras de organización al terrorismo del capitalismo neoliberal, a la demagogia de la democracia de la gente rica, a la irrelevancia de un sistema educativo que les quiere embrutecer o a la herejía de una Iglesia institucional que les traicionó, a la vez nos recuerdan que son parte de nuestra sociedad. Tiene relación con lo que Marcela (joven participante de 18 años de edad) nos decía en un grupo focal:

¿Cuál es la insistencia de que yo vaya a la escuela y a la Iglesia? Esta es mi pelea diariamente con mi madre y mi padre. La escuela es para lavarte el cerebro, y así no piensas, y la Iglesia es una ratonera de ladrones que le ha robado al pueblo hasta la esperanza.

¿Qué es el Proyecto Palenque?

Por eso, alcanzar la comprensión más crítica de la situación de opresión todavía no libera a los/as oprimidos. Sin embargo, al desnudarla dan un paso para superarla, siempre que se empeñen en la lucha política por la transformación de las condiciones concretas en que se da la opresión.
(Freire, 1999:29).

No es una casualidad que el fracaso escolar esté muy difundido. Soledad, ausencia de los familiares agobiados por muchas horas de trabajo, nostalgia de una arcadia y de una comunidad perdidas, imposibilidad de vivir su propia privacidad en pocos metros cuadrados a menudo compartidos, llevan a los jóvenes a reinventarse como latinos.
(Queirolo Palmas y Torre, 2006:302).

El programa, conocido por el nombre de Palenque, está basado en poder entender el fenómeno de la violencia personal/interpersonal en la vida urbana, y su relación interdependiente con la violencia institucional y la violencia cultural-estructural. En adición, esta investigación etnográfica crítica examina en estos jóvenes otras variables como el racismo, clasismo, sexismo, heterosexismo, xenofobia, etnocentrismo, adulto-centrismo, y otras formas de opresión y exclusión, en un plano personal, comunitario y en sus interdependencias globales. Asimismo explora las estrategias que estos jóvenes utilizaron para desafiar la exclusión, la opresión y la dominación; muy particularmente, la forma en que desarrollan agrupaciones juveniles de la calle y a la vez reorganizan, a través de sus estilos culturales, lo que podemos identificar como espiritualidad subversiva (Barrios 2000, 2004).

Palenque, como un centro de culturas juveniles, surgía en el año 2000 y era, además, uno de los veinticuatro proyectos nacionales que recibieron fondos federales del programa Family & Community Violence Prevention

(FCVP), en Central State University, Wilberforce, Ohio, y del Office of Minority Health. Comenzó como una colaboración entre la Universidad de la Ciudad de Nueva York, John Jay College y las comunidades de Washington Heights/Inwood, de Nueva York. Algunos objetivos básicos de este proyecto son el poder desarrollar modelos creativos para que los participantes, primeramente, puedan entender todas las dimensiones de lo que en nuestra sociedad llamamos violencia; asimismo, la relación que existe entre violencia personal e interpersonal y su interrelación con la violencia institucional y la violencia cultural estructural. El programa promueve el incluir a los y las jóvenes en asuntos comunitarios, nacionales y globales que tienen que ver con identificar las injusticias en todas sus dimensiones, y con desarrollar un sentido de responsabilidad comunitaria/global, buscando alternativas creativas para implementar la paz con justicia.

Palenque se desenvuelve como un programa cultural –con énfasis en la expresión del arte radical–, cuya meta principal es la prevención de la “violencia juvenil”. Se utiliza el enfoque freiriano, en el cual se toma en consideración las vivencias cotidianas de sus participantes. Desde estas vivencias se reflexiona sobre la situación histórica, económica, social, política y espiritual, entre otras, de sus vidas y de sus comunidades, y sobre todo, la interconexión que existe con la realidad nacional y global. Paulo Freire (1971) ha propuesto la concienciación como una forma de propiciar la desalienación de las personas y el cambio social. A la liberación individual y grupal, Freire añadió más adelante, la necesidad de participar en organizaciones políticas que luchasen por conquistar cambios políticos, sociales, económicos, etc. Es por esto que la reflexión y la práctica son baluartes muy importantes en la tesis de Freire para lograr una transformación de ambos: del ser humano y de la sociedad en donde vive. De aquí entonces que el programa Palenque incluye, en su currículo, el poder desarrollar no solo la conciencia crítica, sino también el sembrar la esperanza en estos jóvenes. En el lenguaje de Freire (2001:66-67): “El pensamiento profético, que es también utópico, implica la denuncia de cómo estamos viviendo y el anuncio de cómo podríamos vivir. Por eso mismo, es un pensamiento esperanzador”. Esta dialéctica de lo que ocurre y de lo que debería estar ocurriendo, es uno de los ejes principales del programa. O sea, nos movemos de la desesperanza a la esperanza (Barrios 2004).

A este proceso de transformación, Martín-Baró (1995:109) lo elaboró de la siguiente manera:

...el proceso de concienciación supone el paso de la alienación a la identidad social, es decir, el paso de una conciencia presentista, cuyo único horizonte es la satisfacción individual de las necesidades inmediatas, a una conciencia de clase, orientada a la formación y satisfacción de necesidades sociales que responden a los intereses de toda la comunidad social (lo que solo es posible orientándose por los intereses fundamentales de los/as oprimidos, de los/as “condenados de la tierra”).

Este proceso de transformación, de descubrir quién soy, en dónde estoy, y sobre todo, que las realidades socio-económicas no suceden en un vacío, es lo que realizamos al desarrollar esta conciencia presentista en Palenque. Anita, una de las participantes en el programa lo describe así: “Una de las cosas que más me gusta del Palenque es que me quitó las vendas que tenía en los ojos. Ahora puedo ver lo que no veía y puedo hacer lo que no hacía: luchar por la justicia”.

La programación de Palenque también promueve la identidad de las culturas latinas (dominicana, puertorriqueña, mexicana, etc.) como una manera de poder reducir la violencia en las vidas de los y las jóvenes urbanos. Los encuentros se llevan a cabo después del horario escolar (de 16h00 a 21h00), durante el año académico (septiembre a junio) y también durante el verano (julio y agosto). En el verano, el horario es de 9h00 a 16h00, de lunes a jueves. Este trabajo de prevención tiene como enlace cooperativo a la comunidad de Washington Heights/Inwood (Distrito 12), la cual está localizada en la parte norte de Manhattan. Personas recién llegadas de la República Dominicana forman el mayor conglomerado de sus residentes, demostrando, entre otras cosas, grandes desventajas económicas, sociales, políticas y de lenguaje.

El nombre del programa: “Palenque”, es tomado del nombre que comunidades afro descendientes (cimarronas) en el Caribe, usaron para identificar sus zonas liberadas, las cuales crearon para proteger su identidad cultural, personal y colectiva, religión, costumbres e idiomas, etc.

A través de la música, drama, baile y artes visuales, los jóvenes construyen imágenes de los problemas y fortalezas de sus comunidades; se educan en lo concerniente a la prevención y descubren maneras de prevenir el crimen. Especialmente, descubren las maneras en que en nuestra sociedad se lleva a cabo la construcción social del crimen. Asimismo, el programa les permite a los jóvenes utilizar su creatividad, a través del arte, buscando desarrollar un sentir de identidad, independencia, disciplina, solidaridad, valoración personal y colectiva, apreciación y respeto por la diversidad racial, étnica, sexual, de género, religiosa, etc. El fundamento principal es el uso de lo cultural, que se utiliza para facilitar el entendimiento de sí mismos dentro de su propia historia y contexto social, económico y político. Esto está muy bien ilustrado cuando escuchamos las palabras de Juan Carlos, uno de los jóvenes participantes: “Cuando comencé a dibujarme no me sentía cómodo pintándome de negro. Luego me dije a mí mismo: pero es que yo soy negro aunque a la demás gente no le guste. Yo soy negro en un lugar donde no se ve a la gente negra con buenos ojos”. Este proceso de la identidad racial, en una sociedad racista, es una lucha constante para muchos de estos jóvenes, quienes en la mayoría de los casos no tienen idea de cómo funciona el racismo institucionalizado en Estados Unidos. Otro caso es el de Gloria, también participante, cuando en una dramatización con teatro popular en la que se debía buscar a otra persona para ilustrar una relación de pareja, ella, muy natural, seleccionó a otra compañera. En medio de comentarios que promueven la cultura del odio a la diversidad sexual, ella nos dijo: “Para el gusto se hicieron los colores; a mí me gustan las mujeres. ¿Alguien tiene algún problema con esto?”. Por supuesto, aprender a reconocer su identidad sexual, aceptarla y sentirse bien con esto, no fue fácil para Gloria. Fue todo un proceso doloroso porque vino acompañado del rechazo y de la burla y, peor aún, ella fue víctima de crimen de odio, siendo agredida física y psicológicamente con golpes y palabras en diferentes ocasiones, por sus familiares, amistades y sobre todo por la propaganda de violencia heterosexista y homofóbica de nuestra sociedad.

El programa también postula el que estos jóvenes puedan entender las diferentes dimensiones y manifestaciones de lo que identificamos o no

identificamos como violencia en nuestra sociedad; muy en particular, el origen de la violencia personal/interpersonal, y su relación con la violencia institucional y la violencia cultural-estructural. Específicamente, el programa examina cómo las distintas formas de explotación y exclusión –comunitarias y globales– afectan a las personas y a las comunidades (Morín 2005; Van Soest 1997).

De aquí que el análisis e intervención de la violencia en nuestro programa, sea dentro de las diferentes formas en que ésta se manifiesta: violencia directa (homicidios, genocidios, asesinatos, torturas, violaciones, etc.), violencia indirecta (violencia por omisión como el hambre, las enfermedades, la pobreza, etc.), violencia represiva (privación de los derechos civiles y derechos humanos) y violencia por exclusión (racismo, sexismo, heterosexismo, homofobia, xenofobia, etnocentrismo, etc.) (Salmi 1993).

Reflexionando sobre la metodología

La investigación puede cumplir dos propósitos fundamentales: a) producir conocimientos y teorías (investigación básica), y b) resolver problemas prácticos (investigación aplicada).

(Hernández-Sampieri; Fernández-Collado y Baptista-Lucio 2003:36)

Les comparto que este estudio fue llevado a cabo en la ciudad de Nueva York, con un programa de prevención de “violencia juvenil”, llamado Palenque², en el cual participaron unos 150 jóvenes (85 hombres y 65 mujeres), y está fundamentado tanto en la investigación básica como en la aplicada. Y por supuesto, es una especie de gestación continua de un proyecto.

Todos estos jóvenes son de procedencia latina (96% dominicanos/as, 2% mexicanos/as, 1% puertorriqueños/as y el 1% mixto) entre las edades de 14 a 19 años de edad. El 85%, al momento del estudio, llevaba menos de cinco años residiendo en Estados Unidos; 5% llevaba entre 5 a 10 años, y el resto (10%) nació en Estados Unidos.

2 El autor es fundador (junto al Prof. José Luis Morín), director e investigador principal del proyecto.

Este trabajo adopta el modelo de Investigación Acción Participativa (Stringer 1996), cuyo énfasis es en la acción-participación, buscando garantizar que la participación no sea con motivos asistencialistas sino más bien de transformación. Se persigue una praxis que conduzca al cambio social estructural, sobre la realidad que se está estudiando.

La investigación explora y analiza críticamente las historias y experiencias de jóvenes latinos/as, que participaron en el programa durante un período de cinco años (2000-2005); a la vez, analiza críticamente el impacto del programa en sus vidas.

Las entrevistas de historias de vida con los participantes, han colectado información en las siguientes áreas: información demográfica, vecindad de infancia, educación, actividades de vecindad, trabajo e ingreso económico familiar, habilidades de resolución de conflictos, historiales delictivos, relación con padres/madres, identidad/asimilación étnica, modelos a imitar en sus vidas y aspiraciones futuras. También se analizan cientos de páginas de notas de observación de campo y fotografías que fueron tomadas por los participantes en sesiones de clase, en la comunidad, en demostraciones contra la guerra y acontecimientos sociales. Además, se analizan trabajos realizados por los participantes tales como: pinturas, dibujos, poemas y diarios que crearon durante las sesiones de clase.

Varios instrumentos de medición de actitudes de violencia (Violence Risk Assessment Inventory-VRAI) y de aprovechamiento académico (New York State-Regents Examinations) se administraron a los participantes.

La intervención del programa se llevó a cabo de lunes a viernes de 16:00 h a 20:00 h y comenzó en el mes de agosto para finalizar en mayo. Luego, el programa de verano funcionaba de lunes a jueves en horario de 9:00 h a 17:00 h, durante los meses de junio y julio. El currículo impactó a los participantes en las siguientes áreas: 1) componente cultural, 2) componente académico, 3) componente familiar, 4) componente recreativo, 5) componente laboral, y 6) componente espiritual.

En lo cultural, enfatizamos la búsqueda de la identidad personal y colectiva. El currículo incluye historia de su país, la música por regiones y sus fenómenos socio-políticos. Lo académico persigue lograr que comiencen a asistir a la escuela y logren desarrollar un apego significativo con la institución, si la misma demuestra ser una entidad de empodera-

miento y respeto. El mejorar el aprovechamiento académico –lectura, escritura y matemática– y completar las asignaciones son también prioridades del currículo.

Lo espiritual está basado en la tesis de que la espiritualidad tiene dimensiones sociales y políticas. El énfasis mayor es el postulado de que ninguna realidad humana debe ser ajena a esta espiritualidad, la cual es, por lo tanto una experiencia de “empoderamiento (*empowerment*) solidario” que busca, por un lado el despertar de la conciencia crítica y de clase para que podamos entender nuestras realidades sociales, políticas, económicas, históricas, y religiosas, sin tener que recurrir a respuestas mágicas que nos enajenen de nuestras responsabilidades; por otro lado, también nos hace partícipes de un poder que nos debe llevar a la organización estratégica, la cual persigue, como resultado, la organización socio-política para lograr la transformación de circunstancias opresoras en experiencias de liberación. Es decir, que esta espiritualidad guarda una relación estrecha con lo que podemos identificar como derechos humanos y dignidad humana. Un punto importantísimo en esta espiritualidad subversiva, es que nada tiene que ver con la creencia en Dios, pues se la reconoce en personas que creen y que no creen en la divinidad (Barrios 2000, 2003, 2004).

Reflexionando sobre el enfoque teórico

La psicología no es, y no puede ser un esfuerzo neutro conducido por científicos y practicantes separados de circunstancias sociales y políticas. Esto es un esfuerzo humano y social.
(Prilleltensky y Fox 1997).

Permítanme aclarar primero que mi formación académica no viene de las ciencias antropológicas o sociológicas, dos áreas de estudios que tienden a ocupar los mayores trabajos en la investigación de culturas juveniles y hacia las cuales tengo mucho respeto. Mi formación académica está dentro de las ciencias psicológicas. Ahora bien, para mí es un gran honor poder decir que estoy en la trinchera de la psicología militante, la cual, por un lado, postula que la dimensión social de la liberación tiene priori-

dad sobre el individuo y, por otro lado, escucha las demandas de los sectores populares que han sido oprimidos y excluidos. Por supuesto, el propósito es el de evitar la intervención asistencialista y/o paternalista que produce un quietismo y derrotismo que, en última instancia, beneficia a la clase dominante. Con esta psicología militante lo que se busca es producir un empoderamiento en los sujetos, que resulte primero en una toma de conciencia y luego que, a través de la movilización social, éstos puedan cambiar sus realidades, hasta lograr la salud mental comunitaria (Martín-Baró 1983, 1996; Montero 1984, 1994; Prilleltensky y Fox 1997).

Ahora bien, comienzo por aclarar que las críticas surgidas desde las ciencias sociológicas y antropológicas hacia la psicología, no son del todo correctas. Me parece que el problema estriba, no en que se hayan utilizado modelos psicológicos para interpretar los fenómenos de la violencia, sino más bien en la utilización de unos modelos teóricos que se prestan para realizar análisis personales o interpersonales, obviando la capacidad de entender que incluso la psiquis puede ser una producción socio-política. En otras palabras, penosamente tengo que reconocer que hay una serie de teorías psicológicas conservadoras que funcionan como protectoras de los valores de la clase dominante y gobernante. En los estudios y/o análisis de las culturas juveniles, esta psicología se ha encargado de elaborar teorías individualistas, buscando proyectar a la juventud como un periodo crítico del desarrollo, caracterizado por inseguridades, rebeldías e inmadurez. De aquí la necesidad de liberar a la psicología de estos males porque solo persiguen defender, validar y promover la ideología dominante del status quo, sin necesidad de alterar instituciones o estructuras. Estas son las teorías que nos van a decir que, para entender o lidiar con la violencia, lo único que debemos hacer es lidiar con la persona, y que culpan a las víctimas de la violencia existente y las convierten en agresoras, reduciendo el análisis solo a lo personal. (Martín-Baró 1983; Prilleltensky y Fox 1997; Colectivo Contrapsicológico Esquicie 2000).

En nuestro currículo de Palenque hemos incorporado dos postulados básicos de la psicología crítica, muy bien elaborados por Fox (2000:21) cuando nos dice: “Primero, nuestro objetivo político es radicalmente ayudar a crear una mejor sociedad. Y segundo, es necesario rechazar los valores de la psicología dominante, sus asunciones, y prácticas como un

marco legítimo para nuestro trabajo”. O sea, la problemática del diario vivir pone presión social y política para realizar cambios institucionales y cultural-estructurales. Este proceso de crear una mejor sociedad, articulado por nuestros jóvenes, incluye una agenda de género en donde se desmantele la supremacía masculina; se dé espacio para celebrar la diversidad sexual (como el ser gay, lesbiana, bisexual, transgénero, etc.), se combata abiertamente al racismo y etnocentrismo y, por supuesto, nuestra sociedad de clases. Todas estas experiencias humanas producen violencias, de aquí la necesidad de cambiarlas en procesos de liberación.

De hecho, las interpretaciones psicológicas conservadoras no toman en consideración, por ejemplo, el fenómeno de la desigualdad social, política, económica, racial, étnica, religiosa, sexual, de género, entre otras, creadas por unos sistemas económicos capitalistas. Lo mismo ocurre con los análisis de la violencia dentro del marco institucional o cultural estructural. Este proceso de “psicologizar” erróneamente, es parte de crear una ideología dominante que deja como resultado consensos que, a la vez, permiten el control de las masas. Entre estos están el pánico psicológico creado por instituciones gubernamentales, realidad que es el diario vivir en Estados Unidos, con todo el asunto de que Osama bin Laden, y ahora también Irán, son una amenaza nacional. Como nos dijo en una entrevista Francis, uno de los participantes: “Hay gente que le gusta entretener a la gente para que no se den cuenta de cómo es que los están jodiendo. Como yo creo que la raíz de toda violencia es la ignorancia, pues acabemos de una vez con la ignorancia”. Muy interesante la tesis de este joven de solo 16 años: para acabar con la violencia, hay que acabar con la ignorancia.

No me queda la menor duda cuando digo que en la práctica, en la cátedra, en la investigación o en la producción de teoría, la psicología debería ser una ciencia al servicio de la liberación del pueblo. De aquí, entonces, la necesidad de producir respuestas serias y concretas concierne a todas estas basuras académicas cuando establecen postulados como: la falta de madurez de la juventud o la crisis de la identidad de la juventud. Inmadurez la podemos encontrar en cualquier edad, y crisis existenciales o políticas, ni se digan. Como me decía muchas veces mi abuela Doña Bárbara, de 82 años: “Mi nieto, yo como que muchas veces no sé lo que quiero en esta vida”. Y esto contrasta con lo que Verónica,

una de las participantes, a la edad de 14 años, nos decía en uno de los talleres: “Lo que sé es que yo no vine a este mundo a que me jodan la vida. Tengo claro que soy mujer, negra y latina, esas son tres cosas que hacen mi vida más difícil pero yo voy a mí. Al que no le guste que se vaya al carajo”. Esta rebeldía social y militante, que puede ser diagnosticada como patológica, nos está diciendo que la edad no garantiza automáticamente el que no tengamos una crisis o el que tengamos madurez. De aquí también la necesidad de rechazar aquellos diagnósticos cuya función principal es el segregar, oprimir, marginar y explotar a los seres humanos, porque en la mayoría de los casos, son solo un reflejo de los fundamentos morales y científicos de la psicología que produce la clase dominante en nuestra sociedad. Se puede consultar la literatura de Thomas Szasz, muy en particular dos de sus libros: *El mito de la enfermedad mental* (1998) y *La fabricación de la locura: un estudio comparativo de la inquisición con el movimiento de salud mental* (1994).

Reflexionando sobre la violencia

Si se puede hablar con propiedad de una “violencia institucionalizada” en América Latina, es porque existe un tipo de violencia contra la población mayoritaria que está incorporada al ordenamiento social, que es mantenida por las instituciones sociales y que se encuentra justificada y aun legalizada en el ordenamiento normativo de los regímenes imperantes.
(Martín-Baró 1995:376).

La violencia es definida como cualquier acción o situación que daña la salud o bienestar de otros, incluyendo ataques directos a la integridad psicológica o física de una persona, como también acciones destructivas que no necesariamente envuelven relaciones directas entre la víctima o la institución o persona responsable por el daño.
(Salmi 1993)

Yo creo que violencia es cualquier mierda que no nos permite ser felices. La guerra es violencia, la policía en nuestra comunidad es violencia, el hambre es violencia, el machismo es violencia, toda esta mierda, es violencia.
(Sacha, una participante de 15 años).

En nuestro enfoque de intervención e investigación en el proyecto Palenque, partimos del postulado de que no es posible explicar la violencia personal o interpersonal sin un claro entendimiento de su relación con la violencia institucional y la violencia cultural-estructural. De aquí que todo proceso de intervención toma en consideración la experiencia de la concienciación a través de la cual las y los jóvenes reconocen la necesidad de no solo cambiar sus conductas de violencia, sino también cambiar las instituciones, estructuras y aspectos culturales de opresión y exclusión de la sociedad.

De hecho, viene a mi mente una experiencia en la que se me pidió realizar una intervención de evaluación en una escuela superior en la ciudad de Nueva York, en donde muchos de los jóvenes que participaban en el proyecto Palenque estaban estudiando y en donde, al mismo tiempo, se estaba reportando una serie de incidentes alarmantes de violencia entre jóvenes. Los diagnósticos primarios por parte de las autoridades de la escuela y la policía giraban alrededor de dar interpretaciones personales e interpersonales a la violencia que supuestamente habían identificado. Hay que añadir, en todo esto, que nunca faltan las versiones que demonizan y criminalizan a las agrupaciones juveniles que son las organizaciones de la calle, muchas veces diagnosticadas como pandillas, bandas o naciones, y las responsabilizan de la violencia. De todas maneras, comencé por presentar preguntas que, a mi juicio, necesitábamos contestar, por ejemplo: ¿cuál es la capacidad de alumnos para esta escuela? Tremenda sorpresa me llevé cuando se me dijo que la escuela fue construida para 3.000 estudiantes y, en ese momento, tenían una población de 7.000. Por supuesto, se asombraron y se alarmaron más que yo, cuando les pregunté: ¿y qué esperan ustedes que suceda con este hacinamiento, cuando tienen un espacio público que no fue construido para esa cantidad de personas?

José, uno de los jóvenes participantes en el programa lo describió de una manera que asombra:

Nos meten en ese edificio como si fuésemos animales y luego quieren que nos comportemos como gente decente, cuando hasta para ir al sanitario hay que hacer fila, y han creado aulas escolares en la cancha de baloncesto y quieren dar consejería en los pasillos de la escuela donde no hay ninguna privacidad. Es como si quisieran que nos matemos unos a otros.

Nadie puede negar que el hacinamiento produce serios problemas de salud. Por un lado, la insuficiente ventilación causa enfermedades respiratorias; algunos de sus efectos sociales pueden ser el producir tensión, una calidad de educación inferior y de analfabetismo funcional, y la deserción escolar. Por otro lado, en lo psicológico, se dice que el hacinamiento deja como resultado la carencia de la privacidad, la cual a su vez provoca estados de depresión y otros resultados psicológicos negativos. Son frustraciones que pueden ser la antesala de tensiones entre personas y/o grupos (Baum y Koman 1976; Clauson-Kaas et al. 1996; Satterthwaite 1995; Zeedyk-Ryan y Smith 1983). Ahora bien, ¿por qué todo esto no puede ser clasificado como violencia institucional o cultural-estructural?, ¿por qué no podemos ver que la violencia personal o interpersonal puede ser solo un síntoma de un problema mucho más serio? Acerca de esto, el Colectivo Contrapsicológico Esquicie (2000:215) indica: “los síntomas son interpretados, pero no escuchados...”.

Un dato histórico curioso es que, en el proceso de acompañar a estos jóvenes, nos dimos cuenta de que en lugar de seguir manteniéndolo como un programa de “reducción de violencia”, era mucho más práctico y mucho más justo convertirlo en un proyecto de paz. Esto, por supuesto, ofendió grandemente a las entidades del gobierno que estaban financiando el proyecto y se desarrolló un debate que culminó en quitarnos los fondos económicos. Todo esto a pesar de demostrar que una muy buena manera de eliminar, o por lo menos reducir la violencia, es a través de enseñar los valores de la paz con justicia.

De aquí el que nos dedicáramos, aun sin fondos del gobierno, a la tarea de dialogar sobre asuntos de la paz; o sea, a buscar lo que Manuela, una participante, nos dijo: “Las respuestas a las preguntas serán encontradas si sabemos cómo relacionarnos mejor. El preocuparnos y el amar nos traerán felicidad. Todo será mucho mejor si buscamos la paz”. Esta joven, para ese entonces de solo 14 años de edad, entendía que en la conquista de la paz hay la necesidad de aprender a relacionarnos mejor, preocupándonos y amando a las demás personas. Al seguir esta misma línea de pensamiento y acción, también recuerdo la producción colectiva que realizó un grupo de jóvenes participantes –Giovanna, Martha, Angie, Jonathan, Jean, Anthony e Ingrid– que luego de reflexionar sobre la paz

nos compartió la necesidad de establecerla, pero dentro del marco de la igualdad:

El silencio es la naturaleza, la naturaleza es la felicidad.
El amar y el preocuparnos es respeto por los bebés y las palomas.
La libertad es el aire y los árboles haciendo el amor,
mientras dormimos,
en plena tranquilidad,
en la igualdad procuremos vivir en la paz

Es interesante que en la actualidad tengamos una serie de personas, grupos o países que reclaman la paz, pero lo están haciendo sin mencionar en ningún momento lo que podría ser el problema: que sin justicia no hay paz. Por lo tanto, este llamado a eliminar las desigualdades sociales es sumamente importante en este proceso.

De otro lado, uno de los poemas que más me impresionó fue el que Uri, Sakia, Jean, Jeanette, Miguel, Edward, y Héctor (facilitador) lograron producir colectivamente. Aunque con un comienzo catastrófico –“nunca habrá paz en este mundo”–, se mueven a la alternativa de implementar esa paz, con la construcción de un mundo nuevo, en vez de quedarse como espectadores:

Nunca habrá paz en este mundo
por lo tanto hagamos un mundo nuevo,
y encontremos la paz en la música
liberando la mente si así lo decidimos.
La comida puede unir a la gente,
compartamos la calidad del tiempo.
La paz no es tener miedo,
la paz es seguridad,
la paz no tiene precio y puede ser mía,
como cuando duermo y sueño
y la paz canta:
¡Sin justicia no hay paz!
La paz es libertad de expresión,
la paz es que seamos seres únicos,
y ser únicos es ser pacíficos.

Esto es lo opuesto a la violencia,
la paz es una ciencia espiritual,
la paz es como jugar un juego,
donde en la cancha te despojas del estrés.

Aunque el énfasis puesto en el programa es en la construcción de la paz, con esto no estoy diciendo que nos apartamos del proceso de entender críticamente la construcción de la violencia. De nuevo, en el programa partimos del postulado de que la violencia presenta múltiples formas y que entre ellas pueden darse diferencias muy importantes (Martín-Baró 1995:370). Por esto ponemos gran énfasis en las diferentes categorías de violencia: violencia directa, violencia indirecta, violencia represiva, violencia alienadora, etc.; muy en particular la violencia por omisión, la cual cae dentro de la categoría de violencia indirecta, que a su vez se distingue por no asistir a los seres humanos que están en peligro. Ejemplo de ello es la falta de protección de los efectos de la violencia social como el hambre, las enfermedades y la pobreza (Salmi 1993; Martín-Baró 1994; Barrios 2000, 2003, 2004; Brotherton y Barrios 2004). O sea, tal como Alday, Ramljak y Nicolini (2001:136), y que sintetizamos:

...los actores sociales de toda comunidad aprendimos de ellos que la única manera de cosechar lo que se espera para mejorar, es tejiendo una buena red social que no sólo nos permita crecer, sino también que nos sostenga cuando pasamos por malos momentos.

Asimismo, entendemos que la violencia tiene un carácter histórico y por consiguiente es imposible entenderla fuera del contexto social en que se produce (Martín-Baró 1995:371). De aquí el que sigamos de cerca lo dicho por Freire (1970:75): “En verdad, lo que pretenden los opresores es transformar la mentalidad de los oprimidos y no la situación que los oprime. A fin de lograr una mejor adaptación a la situación que, a la vez, permita una mejor forma de dominación”. También concienciamos sobre la realidad de los sucesos terroristas ocurridos en la ciudad de Nueva York el 11 de septiembre del 2001, y lo conectamos históricamente con la violencia del primer 11 de septiembre ocurrido en Chile en el año 1973, la invasión a Afganistán y a Irak, entre otras realidades. Traemos a la discusión

la realidad de cómo la violencia es construida socialmente y por tanto, cómo se establece un orden social, para ser manifestada y justificada; tres ejemplos de ello son la violencia hacia la mujer, violencia hacia las personas gay/lesbianas, bisexuales y transgéneros, y la violencia por falta de seguros médicos; esto último lo podemos ilustrar con la realidad de más de 44 millones de personas en los Estados Unidos que no tienen seguros médicos, lo cual ha resultado que entidades como New England Journal of Medicine (1997) diga que en los Estados Unidos, por lo menos cada año, mueren 1 millón de personas por falta de cuidado médico.

Las tres manifestaciones de violencia que se promueven y se justifican en lo institucional y cultural-estructural –género, orientación sexual o la omisión de servicios médicos–, se discuten dentro del contexto de la violación de derechos humanos.

Reflexionando la reconstrucción de lo que llamamos “violencia juvenil”

Uno de los temas recurrentes y controversiales cuando se habla de violencia e inseguridad ciudadana es el papel que cumplen los medios de comunicación de masas en el modo cómo cubren los hechos delictivos y criminales.

(Cerbino 2005:11).

Ahora bien, ¿por qué es que cuando hablamos de violencia lo primero que tiende a venir a nuestras mentes es el encuentro físico entre dos personas? O tal vez, el encuentro físico entre dos grupos de jóvenes. Si retomamos las palabras de Sacha, otra joven participante, de quien uso una cita directa al comienzo de esta sección, cuando nos define la violencia, notaremos que ella utiliza la descripción de: “cualquier mierda que no nos permite ser felices”. Y va mucho más lejos cuando también nos dice: “el hambre es violencia”. ¿En qué academia de la policía se les entrena para arrestar a quienes producen el hambre en nuestra sociedad? ¿Quién acusa a un gobierno de producir hambre en su ciudadanía? Esta realidad de violencia institucionalizada o cultural estructural tiende a ser invisible en nuestras sociedades capitalistas (Salmi 1993; Martín-Baró 1995).

En este país las tasas del crimen subieron nacionalmente a través de la década de los ochenta, antes de empezar un descenso constante a principios de los noventa. En los pasados cien años la prevención de la delincuencia juvenil y el manejo apropiado de quien comete la ofensa, ha sido la política social crítica en los Estados Unidos (Jenson, Potter y Howard 2001). La literatura existente en parte es clara cuando tiene que describir perfiles del joven ofensor: 1) niños/as que inician la conducta antisocial en una edad temprana están en un riesgo apreciablemente aumentado de convertirse en ofensores graves y violentos durante su adolescencia (Loeber et al. 1998); 2) la juventud delincuente empieza utilizando alcohol y otras drogas en una edad más temprana, a la que se identifica con la delincuencia, y está en mayor riesgo del abuso de sustancias controladas entre la edad adulta temprana; (Hawkins et al. 1998); 3) el fracaso en la escuela, el conflicto de embarazos no deseados y la familia, entre numerosos otros resultados problemáticos, se asocia también con conductas delinquentes (Dryfoos 1998).

En los últimos años ha habido un cambio en las ciencias sociales y en los enfoques sobre la criminalidad dentro de los sistemas de justicia, hacia la prevención de la “violencia juvenil” y la intervención hacia un enfoque más holístico, por ejemplo el de salud pública (Mercy y Hammond 1999; Mercy et al. 1993). En éste, por lo menos cuatro avances distintos son presentados. Así, MacKinnon-Lewis, Kaufman y Frabutt (2002:358) indican que hay un primer paso en el cual se deberá detectar y definir el problema a través del cuidado sistemático, a menudo utilizando información demográfica para documentar la incidencia y la frecuencia. En un segundo paso, ellos reclaman que el enfoque de salud pública debe poder identificar factores de riesgos y protectores, asociados con el problema. En el tercer paso se hace necesario diseñar, probar y evaluar la eficacia de los programas, las intervenciones y las políticas o guías establecidas. En el cuarto paso, se necesita introducir y difundir los programas de una manera que puedan ser aceptados dentro de la comunidad. Estos investigadores reclaman también que el paso cuarto deberá tomar en cuenta la identificación de vacíos de conocimientos y a la vez establecen direcciones para trabajos futuros en cada uno (la detección temprana, identificación de factores de riesgo, política programática y la evaluación). Estos inves-

tigadores también afirman que

...un componente crítico en el modelo de salud pública para programar la prevención de violencia es el poder establecer soluciones que sean sobreadundantes y coordinadas desde una perspectiva comunitaria. Estas soluciones surgen de coaliciones comunitarias por quienes representan la aplicación de la ley, los servicios sociales, sistemas de tribunal, sistema escolar, de negocios y del público en general (2002:358-359).

Por otro lado, el Informe del Cirujano General concerniente a la Violencia Juvenil (U.S. Department of Health and Human Services, 2001: 4) señala lo siguiente: “el descontento con el tiempo y los resultados del ‘ideal de rehabilitación’ despertó la búsqueda de un papel más efectivo del cuidado de salud al puntualizar la violencia”. Este informe también examina la magnitud de las tendencias en la “violencia juvenil” en las últimas dos décadas y algunos de los hallazgos destacados en el informe son: 1) Para 1999, las tasas de arresto por crímenes violentos –con la excepción de asaltos agravados– se habían reducido a los niveles del año 1983. El arresto por asaltos agravados se mantuvo en el nivel de casi 70% más alto que lo reportado en el 1983 y esta es la ofensa que con mayor frecuencia se identifica en reportes relacionados con violencia. 2) Jóvenes varones –especialmente de grupos minoritarios– son desproporcionadamente detenidos por crímenes violentos... 3) A nivel nacional las escuelas tienden a ser relativamente seguras. Comparado con los hogares y vecindarios, las escuelas tienden a tener menos homicidios o reportes de casos de heridas que no son graves. Los jóvenes en el riesgo mayor de ser asesinados en violencia asociada con la escuela pertenecen mayormente a grupos raciales y/o étnicos minoritarios, de los grados finales de la escuela superior y escuelas localizadas en áreas urbanas. 4) Hay dos trayectorias generales del comienzo para la violencia juvenil –una etapa primaria, antes de la pubertad, y otra más tardía, en la adolescencia. Los jóvenes que llegan a ser violentos antes de la edad de 13 años, cometen generalmente más crímenes y mayores crímenes graves, por un tiempo más prolongado. Durante su niñez estos jóvenes demuestran un patrón de violencia en escalada y muchas veces lo continúan durante la adultez. (5) Los factores

de riesgo de mayor impacto durante la niñez son la participación en conductas graves –pero no necesariamente conducta violenta criminal– el uso de sustancias, ser varones, agresión física, familia de nivel socioeconómico bajo o pobre y padres/madres antisociales... 6) La participación con amistades delincuentes y la afiliación con pandillas son dos indicadores de mayor significado de violencia, sin embargo, poca intervención efectiva se ha desarrollado para combatir estos problemas. 7) La eficacia de programas depende tanto de la calidad de la implementación como del tipo de intervención; muchos programas son ineficaces no porque su estrategia sea equivocada, sino porque la calidad de la implementación es pobre.

Yearwood (2002) afirma que cuando estamos frente al fenómeno de la “violencia juvenil” necesitamos reconocer que se trata de personas de un nivel socio económico pobre, con una falta significativa de estructura social en las comunidades en que viven. En otras palabras, Yearwood asegura que “estas personas carecen de varios controles sociales informales y formales, los cuales prohibirían la violencia como una opción” (p.35-36). Él entonces presenta siete principios claves, que necesitamos abordar en nuestro esfuerzo de prevención, y que deben dirigir las actividades/intervenciones hacia la violencia juvenil. El primero es el “restableciendo la vivencia cooperativa” (*reestablishing the village*), lo cual en su comprensión se refiere al esfuerzo de ayudar a las comunidades a que puedan desarrollar infraestructuras a través de la creación de coaliciones y asociaciones comunitarias. El segundo principio es lo que él identifica como “proporcionando el acceso al cuidado de salud” (*providing acces to health care*), debido a la realidad de que necesitan tratamiento tanto quienes realizan la violencia como quienes son sus víctimas. El tercero es la necesidad de “optimizar la unión, el apego y la conexión” (*improve bonding, attachment and connectedness*), más específicamente, los esfuerzos que sostienen los vínculos y el afianzamiento entre padres/madres y sus niños/as. En el cuarto principio Yearwood indica la necesidad de “optimizar la autoestima del joven” (*improve self-esteem of youth*); aquí se refiere a una autoestima positiva que surge de nuestra comprensión de tener poder o competencia, comprensión de sentirnos únicos o especiales, tener modelos de personas que pueden ser utilizadas para que le den sentido al mundo, y tener una comprensión de estar conectados a otras personas, lugares y cosas.

El quinto principio de Yearwood es el “el aumento de habilidades sociales” (*increase of social skills*), lo cual incluye las habilidades de comunicación, el manejo de la ira, la resolución de conflictos, las destrezas paternas/maternas, habilidades de liderazgo y el manejo de la conducta. El sexto principio es el “restablecimiento de la persona adulta y de escudos protectores” (*reestablishing the adult and protective shield*), debido a la realidad de que comunidades con estructuras sociales firmes tienden a exhibir menos conductas desviadas. El séptimo y último principio es “disminuir los efectos residuales del trauma” (*minimizing the residual effects of trauma*). Yearwood sugiere que detrás de la ira hay una herida y conectado a ella está el temor de ser herido otra vez. Por esta razón, él reclama, que para poder ayudar a alguna persona a que cambie las conductas de riesgos hacia su salud, se hace necesario considerar las entidades relacionadas con el estrés traumático que causó la herida original.

Un punto de gran importancia cuando analizamos la realidad de la información o estadísticas existentes, es el que Hawkins et al. (1998) enfatizan cuando nos dicen que en Estados Unidos, “las comparaciones raciales y étnicas han sido limitadas principalmente a personas afroamericanas y caucásicas porque la estadística oficial rara vez incluye los grupos étnicos, tales como latinos, en la colección rutinaria de datos”. Este fenómeno de excluir o hacer invisibles, por ejemplo a las comunidades latinas, es el que hemos constantemente criticado cuando proponemos que en el racismo de Estados Unidos hay unas realidades, mas allá de ser personas negras o blancas, que deben tomarse en consideración.

En resumidas cuentas, de una manera muy arbitraria, en Estados Unidos el estudio o la intervención contra la violencia está basada en una definición que solo incluye lo personal o lo interpersonal. La violencia institucional o cultural estructural de la cual muchos de estos jóvenes son víctimas, no se menciona. En la violencia institucional, siguiendo a Soest (1997), podemos incluir por ejemplo los despidos masivos de empleados con el propósito de otorgar mayores ganancias a las corporaciones, o la eliminación de pensiones y seguros médicos por parte de las corporaciones con el propósito de ahorrar en sus gastos. En la violencia cultural estructural podemos identificar la penosa realidad de los índices tan elevados de mortalidad infantil por falta de cuidado prenatal en las comuni-

dades negras y latinas (Federal Interagency Forum on Child and Family Statistics 2007) y la encarcelación desproporcionada de personas negras, latinas y pobres, bajo lo que podemos identificar como el Complejo Industrial de Prisiones de Estados Unidos (Sudury 2005).

Veámoslo de esta manera: En Estados Unidos, el país más rico del mundo, existen actualmente 36,5 millones de gente pobre. El Centro de Investigaciones Innocenti de UNICEF (UNICEF 2007) produjo un informe que proporciona un amplio análisis de la vida y el bienestar de niños y jóvenes de veintiún naciones del mundo industrializado. En éste se investigan las siguientes realidades: bienestar material; salud y seguridad infantil; bienestar educativo; relaciones de los niños/as y los/as jóvenes con sus familias y compañeros; conductas y riesgos; conductas de salud; y bienestar subjetivo de los jóvenes. ¿Qué se descubre en el informe?

Por un lado, que Estados Unidos está en el número diecisiete en bienestar material. También, que ocupa el último lugar en salud y seguridad y el décimo segundo lugar en bienestar educativo. De aquí que cuando hacemos las entrevistas a nuestros jóvenes, el 75% no sabe lo que es un almuerzo nutritivo que se supone que la escuela suministra durante el espacio de horario de 8:00 h a 16:00 h. Uno de los participantes nos decía, durante un proceso de entrevistas: “de almuerzo te dan un pedazo de pizza que estaba congelada unos dos o tres meses antes de llegar a la mesa. Y para acompañarla te dan un vaso de agua con azúcar y color que ellos llaman jugo (Carlos, joven participante de 15 años).

Pero aun hay más para el país que quiere dar cátedras de democracia y valores familiares. Estados Unidos ocupa en este informe el penúltimo lugar en relaciones familiares y entre iguales, y en conductas y riesgos. Por supuesto, como este informe solo toma en consideración aquellos niños, niñas y jóvenes que viven en sus casas, la realidad de los desplazados, destechados, de las “minorías étnicas” y de la inmigración indocumentada no cuentan. O sea, que esta realidad, como nos expresa Xiomara, otra de las jóvenes participantes, es mucho más cruda: “nosotros vivimos en un apartamento de tres dormitorios y contándome a mí somos unas diez personas. A la hora de dormir tenemos camas hasta en la sala y la cocina. Vivimos como conejos en una jaula y nos peleamos hasta para ir al sanitario”.

De nuevo, para algunas personas estas realidades institucionales y/o culturales estructurales no son violencia. De aquí el que, durante una evaluación a nuestro proyecto Palenque por parte del gobierno, se debatiera con un evaluador del programa, pues éste nos solicitó que quitáramos de nuestro currículo de reducción de violencia la siguiente información: El 10% de la población mundial disfruta del 70% de las riquezas del planeta; 10 millones de niños y niñas mueren antes de cumplir los 5 años por causas evitables; el 70% de las personas pobres del planeta son mujeres. Los niños, niñas y jóvenes menores de 18 años representan un 25% de la población en Estados Unidos. Sin embargo, también son el 34,9% de las personas viviendo en pobreza y esto es equivalente a unas 12,9 millones de personas. La distribución por grupos raciales/étnicos nos demuestra que los números se inclinan hacia las comunidades afroamericanas con un 24,9% (9,2 millones) y las comunidades latinas con un 21,8% (9,4 millones) (U.S. Census Bureau 2005). Para aquel evaluador del programa fue casi imposible aceptar que toda esta realidad sea parte de lo que llamamos violencia. De hecho, en un encuentro con los jóvenes recuerdo que uno de ellos, ante la pregunta de cómo la violencia les había afectado, le dijo de manera contundente:

En nuestra comunidad la brutalidad policial está fuera de control. Dígame usted, ¿quién le pone orden a una gente que se supone debe poner el orden y lo que hace es cometer crímenes? Te paran, te insultan y te dan golpes, y luego no hay manera de poder acusarles. Yo, como que tengo un letrero en mi frente que dice párenme y denme golpes porque es a cada rato que lo hacen. (Roberto: joven participante de 17 años).

Por otro lado, un informe preparado por el Departamento de Agricultura de Estado Unidos (United States Department of Agriculture 2006) relató que durante el año 2006, unas 35,5 millones de personas vivieron en hogares considerados de alimentación insegura (*insecure food*). De éstos, 22,9 millones son personas adultas (el 10,4 %) y 12 millones son niños/as (el 17,2%). Asimismo, el número de gente en las peores condiciones de alimentación aumentó de 10,8% en el año 2005 a 11,1%. Esta realidad es consistente con la pobreza reportada por el Censo Poblacional, donde

en adición se demuestra que las condiciones han empeorado. Y para no dejar de ser consistente con la violencia del racismo institucionalizado y la violencia del etnocentrismo estadounidense, las comunidades negras (21,8%) y latinas (19,5%) llevaron el peor impacto de esta realidad.

Por supuesto, también en el currículo de reducción de violencia se incorpora la manera en que el Banco Mundial, el G-8, Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Trabajo, Tratado de Libre Comercio, y otras entidades fueron creadas para defender, promover y proteger las políticas capitalistas neoliberales.

Y como Palenque es un programa que combate la violencia en todas sus manifestaciones, se incorporó también la realidad de la violencia de la dictadura militar a través del Complejo Industrial Militar por parte de Estados Unidos. Aquí se nos revela que en el 2002 se gastaron 1.217 dólares per cápita en defensa, y sólo 46 dólares per cápita en Ayuda Oficial al Desarrollo (Burkholder 2004). El Departamento de Defensa aprobó su presupuesto para el año 2008 en 481,4 billones de dólares, que comparando con el del año 2006, aumenta en un 9,5%, y en un 4% al del 2007. Esta realidad demuestra que Estados Unidos sigue siendo el país industrializado que más dinero invierte en asuntos de guerras y a la vez el que menos invierte en el desarrollo humano. Penoso es también que, para muchos de estos jóvenes, el servicio militar se ha convertido en una fuente de empleo y esta es la razón principal para enlistarse. Aquí podemos citar las palabras de Luis Ángel: “La cosa está mala y yo me voy a enrolar con el ARMY. La paga es buena y el bono de entrada de cinco mil dólares es fenomenal. Esto nos ayuda para la compra de la casa que tanto hemos esperado. Además me ayudan pagando mis estudios universitarios”. Es penoso porque la mayoría de esta propaganda glamorosa de reclutamiento son mentiras que se descubren luego, al estar adentro.

Mientras tanto, en la elaboración del currículo, discutimos sobre la violencia y la guerra en Irak, y la manera en que Estados Unidos nunca organizó un procedimiento para que se pudiese saber el número de las víctimas civiles iraquíes a consecuencia de esta guerra colonialista que comenzó el 19 de marzo de 2003. El proyecto Antiwar.com (2007) reporta que hasta el 5 de diciembre de 2007 se han reportado 1'199.698 iraquíes asesinados con esta guerra injusta, ilegal e inmoral. Luego de que

nuestro proyecto Palenque organizara unos talleres de educación sobre la violencia directa a través de la guerra y sobre el propósito de las guerras, muy en particular de Afganistán e Irak, tomando en consideración el análisis crítico de la violencia institucional y cultural estructural, y además de movilizar a los jóvenes a participar en demostraciones en contra de la guerra en Washington, curiosamente perdimos el apoyo económico por parte del gobierno federal. Ante este panorama, Rosita, una de las participantes en el programa, elaboró un texto en donde nos confronta con cinco preguntas que ella espera que podamos contestar: “¿Por qué el mundo está lleno de odio? ¿Por qué no podemos vivir en paz? ¿Por qué no se resuelven los verdaderos problemas? ¿Qué es lo que pasa con esta humanidad? ¿Cuál es el precio que tenemos que pagar para disfrutar la paz?”.

Hablar de violencia y limitarla solo al ámbito personal/interpersonal y no incluir la violencia institucional, cultural estructural, sobre todo, el facilitar información para que estos jóvenes entiendan que Dios no es responsable de este tipo de crimen, sino más bien las políticas neoliberales y de exclusión social, es contribuir a los procesos violentos. Por ejemplo, en nuestra realidad socio-política el ser joven conlleva una serie de diagnósticos o etiquetas que en la mayoría de los casos son negativas y tienden a estar criminalizadas. Al respecto nos dice Canelles (2006:151):

En este sentido, la presencia de jóvenes en la calle, aun sin estar relacionada con ningún hecho incívico o delictivo, ha sido el origen de numerosas intervenciones destinadas a la dispersión de estos grupos, desde la eliminación de elementos de mobiliario urbano hasta la dispersión a través de la policía.

No solo la presencia física de estos jóvenes en las calles es motivo para un alarme sensacionalista, sino su manera de vestir, de caminar, la música que escuchan, cómo se arreglan el pelo, etc., pasa a ser una especie de simbolismo del otro que nuestra sociedad tiende a demonizar y rechazar, lo cual, tarde o temprano resulta en una realidad que muchas veces está oculta en todo el análisis de “violencia juvenil” y hace que los jóvenes sean víctimas de la violencia que el adulto-centrismo produce en nuestra sociedad. Y esto porque muchas veces nuestro sistema de justicia criminal como control

social, intencionalmente responde a intereses políticos que nada tienen que ver con cometer algún tipo de crimen. Tal como nos dice Young (1999):

Así aquellos que están en la derecha con frecuencia intentan sugerir que los niveles del delito no tienen ninguna relación con cambios en los procesos del trabajo y la ociosidad, pero están arraigados en las áreas supuestamente autónomas de la crianza del niño, el uso de drogas, o un mundo libre flotante de valores morales. Mientras que, aquellos que están en la izquierda repetidamente intentan sugerir que los cambios del encarcelamiento, los modelos del control social, son decisiones políticas o directivas que no están relacionados al problema del delito.

Es por todo esto que en nuestro currículo las manifestaciones ocultas de la violencia, como la inseguridad, el desamparar o el desatender a un pueblo, junto a la penosa realidad de llevarlo a tener que mendigar por lo que debe ser un derecho, se discuten críticamente. Salmi (1993) lo identificó como violencia por omisión y Rebeca (una de las participantes de 17 años de edad) lo relató así: “Para la policía en la ciudad de Nueva York yo soy sospechosa, porque camino y me visto sospechosamente... solo por ser una joven latina esta realidad me hace sospechosa, o sea, una criminal”. Este perfil racista es muy común en la policía de la ciudad de Nueva York, es parte de la opresión y exclusión que diariamente estos jóvenes tienen que vivir.

Ahora bien, ¿cómo esto que están llamando “violencia juvenil”, ha impactado en lo que podemos catalogar de crimen contra la juventud? En el año 2003, unos 5.570 jóvenes hombres y mujeres entre las edades de 10 a 24 años fueron asesinados; un promedio de 15 jóvenes cada día. De estas víctimas, el 82% fueron asesinados con armas de fuego (Centers for Disease Control and Prevention 2006). Aunque la preocupación de la ciudadanía concerniente a incidentes con armas de fuego dentro del aula escolar ha aumentado, la realidad es que las muertes de jóvenes por incidentes escolares es menor al 1% de los homicidios relacionados con jóvenes (Anderson et al. 2001). En el año 2004, más de 750.000 jóvenes recibieron tratamiento médico en salas de emergencia, por heridas relacionadas a la violencia (Centers for Disease Control and Prevention 2006).

Por otro lado, en una encuesta nacional llevada a cabo con estudiantes de escuela secundaria (Centers for Disease Control and Prevention 2004) se encontraron los siguientes resultados: el 33 % de los jóvenes reportó haber estado envuelto en una o más confrontaciones físicas en los doce meses antes de la encuesta; y el 17 % reportó el haber tenido en su poder algún tipo de arma (pistola, cuchillo, barra), uno o más días durante los treinta días anteriores a la encuesta. Es interesante este dato estadístico cuando lo comparamos con las experiencias del proyecto, pues de los 150 jóvenes del proyecto, durante las entrevistas de historias de vida, un 87% reportó haber tenido un arma de fuego o un cuchillo por lo menos una o más veces, tres meses antes de la entrevista. Sin embargo, cuando les preguntamos las razones por las cuales tenían en su poder un arma de fuego o un cuchillo, el 92% respondió: “para defenderme”. Cuando se le pregunta al personal del Departamento de Educación o de la Policía sobre las posibles causas de la posesión de armas en los jóvenes, la respuesta siempre tiende a ser: “para cometer crímenes”. Por supuesto, la explicación no está basada sobre preguntas y respuestas alrededor de la tenencia de armas en los jóvenes; esto sería, de acuerdo a lo que nos dice el Colectivo Contrapsicológico Esquicie (2000): “identificar el síntoma, pero no escuchar al síntoma “. Se puede ilustrar al respecto, en este fragmento de una entrevista que realicé con uno de los participantes.

Luis: Dices que siempre tienes un cuchillo para defenderte.

Berto: Claro que sí.

Luis: ¿Lo llevas a la escuela?

Berto: Este cuchillo es mi compañera inseparable.

Luis: ¿Y desde cuando comenzaste a tener este cuchillo contigo?

Berto: Desde que tenía 12 años. O sea, hace unos 4 años.

Luis: Háblame de la última vez que tuviste que usar el cuchillo contra alguien.

Berto sonrío, se acomoda en la silla y contesta: “Gracias a Dios hasta ahora nunca”.

Hay que reconocer que respuestas semejantes dan los adultos al explicar sus razones para portar armas. Por lo tanto, ¿será que estamos viviendo en una sociedad que no ofrece garantías de seguridad a sus ciudadanos? Al

menos esto es lo que creen los y las jóvenes cuando nos explican el por qué crean o se afilian a organizaciones de la calle (Barrios 2007; Barrios, Brotherton y Esparza 2006; Kontos, Brotherton y Barrios 2003; Brotherton y Barrios 2004).

Ahora bien, el fenómeno de la globalización y sus impactos nacionales con políticas neoliberales que se caracterizan por la exclusión y la opresión, ha dado como resultado una especie de terrorismo solapado, y tan solapado que muchas veces no nos permite ver que el arma de destrucción masiva más poderosa que existe en este mundo se llama hambre, y que es consecuencia de la violencia tanto institucional como cultural-estructural. De nuevo, esta realidad violenta debe ser estudiada por una parte dentro de la categoría de los jóvenes que son sus víctimas y por otra, en el contexto de nuestra realidad capitalista neoliberal, dentro del marco de lo que Curbet (2007) identifica como: “conflictos globales y violencia locales”. De hecho, cuando dentro del currículo de Palenque discutimos sobre los recortes económicos al presupuesto de educación nacional y del Estado, y los comparamos con los aumentos para el Departamento de Defensa, es interesante encontrar reacciones como la de Pedro, un joven participante de 15 años, que nos dijo: “es como si esta gente tuviese un plan de hacernos cada día más brutos y luego enviarnos a las guerras a defenderles cuando se roban el petróleo de países como Irak”.

Ahora bien, no me gustaría cerrar sin antes reconocer que en Estados Unidos, muy arbitrariamente, todo cambió a partir de los sucesos del 11 de septiembre de 2001. Digo arbitrariamente pues políticamente conviene señalar este triste episodio como lo más cruel e inhumano que se haya cometido contra la población que reside en este país, porque puede ser un ejemplo de lo que las otras personas nos hacen. Ahora bien, el genocidio cometido contra las comunidades indígenas y afro descendientes, por solo mencionar dos ejemplos, en donde millones de personas fueron asesinadas con la excusa diabólica de la ideología de la supremacía blanca, tiende a ser invisible en nuestra historia porque cae bajo la categoría de lo que hicimos a otros.

Observo que este asunto es tan delicado que todavía recuerdo a un grupo de jóvenes en Palenque, quienes luego de ser entrenados con técnicas de mediación, alternativas a la violencia y solución de conflictos dentro

del modelo de paz, cuestionaron el currículo después de escuchar al presidente George W. Bush, en su discurso de reacción a la destrucción de las Torres Gemelas, cuando dijo: “nos vengaremos, ya pagarán”. Muchos de estos jóvenes vinieron al programa ese día diciendo: “Eso es exactamente lo que estamos diciendo. Qué tanta mierda de hablar, y escuchar a las otras personas. Rómpele la cabeza para que aprendan a respetarte y ya está” (nota de grupo Número 5-2001). Por lo tanto, reconocemos que los discursos bélicos del Presidente Bush luego del 11 de septiembre y su incapacidad de buscar soluciones políticas a un conflicto, fue un mal ejemplo para los jóvenes. Por otro lado, hay que reconocer también que nos costó trabajo demostrar que ese tipo de actitudes irresponsables tienen consecuencias muy serias en nuestra sociedad y que lo que les estábamos enseñando no solo era importante sino necesario para construir un mundo mejor.

A esta realidad hay que sumarle las nuevas leyes dizque de seguridad nacional que han surgido después del 11 de septiembre (Acta Patriótica, etc.) las cuales siguen criminalizando a la juventud solo por ser jóvenes. Este histerismo político, que ha resultado en más violencia institucional y cultural estructural contra las culturas juveniles, no está basado en teorías de conspiración. No deja de preocuparme que un sinnúmero de conductas que deberían ser atendidas –escuchar los síntomas– dentro de la escuela, ahora son reportadas a la policía, que arresta y procesa a los jóvenes a través del sistema de justicia criminal juvenil. Me parece que deberíamos tener un personal debidamente entrenado para lidiar con peleas que ocurren dentro de los planteles escolares. Y mucho más cuando sabemos que en la mayoría de estas peleas no hay armas de por medio. Hasta ahora, las estadísticas nos están diciendo que la mayor parte de crímenes cometidos por jóvenes o contra jóvenes tiende a ocurrir en los hogares o en las calles. O sea, parece que hasta el momento, el ambiente escolar tiende a ser mucho más seguro (Centers for Disease Control and Prevention 2006).

Una de las áreas más delicadas en todo este proceso de criminalización de la juventud en Estados Unidos, la podemos identificar en las llamadas leyes contra las pandillas (*anti-gangs laws*). El proceso de detención, enjuiciamiento, sentencias, utilizando un modelo de adultos, ha resultado en lo que Villarruel y su equipo de investigación (2002) denominan como

una alta incidencia desproporcionada de jóvenes latinos encarcelados. Cuando leemos los informes de la policía federal (Federal Bureau Investigation-FBI) y otras entidades del gobierno relacionadas con pandillas, es interesante saber que todos coinciden en algo: “creemos que en aquellos lugares en donde el crimen ha aumentado, éste se debe al crimen relacionado con pandillas”. En ningún momento pueden presentar datos concretos sobre esta hipótesis, donde oficialmente podamos ver el porcentaje exacto del crimen relacionado con pandillas. La situación se agudiza si estamos frente a jóvenes indocumentados quienes de alguna manera serán deportados y separados de sus familias.

Este panorama aterrador por supuesto, debería ser evaluado dentro de la realidad de la violación de derechos humanos de los jóvenes. De acuerdo a Villarruel y su equipo, es importante el que podamos contestar a la siguiente pregunta: ¿Dónde está la justicia? Y más adelante movilizarnos hacia lo que ellos nos piden: “Un llamado a la acción en beneficio de las juventudes latinas que están en el sistema de justicia en Estados Unidos”. Escuché este grito de justicia en la historia de Joshua, otro de nuestros participantes de solo 15 años de edad, a quien fui a visitar mientras estaba encarcelado:

Luis: ...Tengo entendido, Joshua, que te arrestaron mientras estabas en el parque con tus amigos.

Joshua: Sí, estábamos sentados en el parque, nadie estaba fumando marihuana ni bebiendo o molestando a alguien. La policía me presentó tres cargos. Uno por reunirme ilícitamente en el parque, el otro por resistir el arresto y el último por ser miembro de una pandilla (Latin Kings).

Luis: ¿Y que estabas haciendo tú en el parque?

Joshua: Escuchando música con mis amigos.

Cuando dialogamos con la policía y los abogados de estos jóvenes descubrimos que lo que Joshua nos había dicho era correcto. La razón de los policías era muy interesante, sobre todo cuando pude conversar con el agente que arrestó a Joshua, quien me comunicó lo siguiente:

...¿qué tienen ellos que estar haciendo en el parque? Aunque no estén haciendo algo malo, posiblemente lo están planificando y nosotros tene-

mos que actuar inmediatamente. Esto, como medida de prevención, antes de que ocurra algo criminal. Ya usted ve lo que nos sucedió con el 11 de septiembre, por no actuar a tiempo. (Policía 1).

Hay que reconocer que esta actitud de la policía no viene de la nada; esta es la manera en que los están entrenando y es lo que se espera de ellos como oficiales del orden público. Este proceso de criminalización basado en un perfil racial es parte de toda ideología de rechazo, opresión y exclusión de nuestra sociedad adulto-céntrica que se empeña en convertir a estos jóvenes en chivos expiatorios.

Reflexionando sobre el concluir

La prevención carece de mecanismos de apropiación y motivación porque se basa enteramente en un discurso moralista, estereotipado y retórico a través de las “famosas charlas” que no tienen repercusión significativa en los mundos de sentido de estos jóvenes.
(Cerbino 2006:16)

*Sin igualdad civil, sin libertad política no hay dignidad;
sin dignidad no hay vida.*
(Hostos 1999:80).

Luego de transcurrir por estas reflexiones del proyecto Palenque, me gustaría concluir dejando varios puntos sobre la mesa. Primeramente, hay la necesidad de movernos hacia unas políticas públicas de prevención, inclusión y participación juvenil.

Estas políticas deben ser capaces de entender que la violencia es un fenómeno social complejo y multifacético, y que toda intervención hacia la llamada violencia juvenil debe entender las maneras en que se llevan a cabo las marginalizaciones sociales de la juventud; así también comenzaremos a ver a los y las jóvenes no solo como variables independientes, sino más bien como variables dependientes. Es sumamente importante el que identifiquemos las maneras en que diariamente, en la sociedad, violamos los derechos humanos y civiles de los jóvenes. Por supuesto, para poder

comprender estas realidades debemos participar en foros que ellos mismos preparan (también escuchar los mensajes que nos envían en su música, lo que escriben en sus graffitis, las razones por las cuales crean organizaciones de la calle, etc.) o invitarles a foros que los adultos preparamos, pero con la intención de poder escuchar sus preocupaciones.

Por otro lado, hay también la necesidad de facilitar procesos de educación en donde la ciudadanía en general y los grupos juveniles en particular aprendan a examinar cómo las distintas formas de opresión y exclusión (de clase, género, orientación sexual, religión, racial/étnica, adulto-centrismo, entre otras), comunitarias y globales, afectan a las personas y a las comunidades. Sobre todo, el cómo estas realidades globales se interconectan, se interrelacionan y a la vez son interdependientes a nuestras realidades comunitarias.

Es de gran importancia fomentar una política del crimen en donde la restitución de la justicia sea la motivación principal, evitando así las tendencias sadistas del castigo y del revanchismo, realidades que se nutren de odio y desprecio. La restitución de la justicia tiene como fundamento los principios básicos del amor y el respeto, sin que esto signifique evitar las consecuencias de las conductas a quienes han violentado las reglas de la sociedad. De aquí la necesidad de incluir a instituciones no gubernamentales como la familia, escuelas, trabajo, asociaciones y/u organizaciones de la calle que los jóvenes han construido, etc. Lo que nos interesa es poder producir una política pública que se mueva más allá de una política de control que no está dando resultado al reclutar más policías, al construir más cárceles o aumentar las sentencias penitenciarias.

Cierro esta reflexión con un poema de Mario Benedetti, para indicar que estas reflexiones son procesos, nunca una meta.

¿Qué les queda a los jóvenes?

¿Qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de paciencia y asco?
¿sólo graffiti? ¿rock? ¿escepticismo?
también les queda no decir amén
no dejar que les maten el amor

recuperar el habla y la utopía
ser jóvenes sin prisa y con memoria
situarse en una historia que es la suya
no convertirse en viejos prematuros

¿qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de rutina y ruina?
¿cocaína? ¿cerveza? ¿barras bravas?
les queda respirar / abrir los ojos
descubrir las raíces del horror
inventar paz así sea a ponchazos
entenderse con la naturaleza
y con la lluvia y los relámpagos
y con el sentimiento y con la muerte
esa loca de atar y desatar

¿qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de consumo y humo?
¿vértigo? ¿asaltos? ¿discotecas?
también les queda discutir con dios
tanto si existe como si no existe
tender manos que ayudan / abrir puertas
entre el corazón propio y el ajeno /
sobre todo les queda hacer futuro
a pesar de los ruines de pasado
y los sabios granujas del presente.